

RECEPCIÓN-CONTESTACIÓN

ROBERTO JIMÉNEZ SILVA

Académico Numerario

SALUDOS PROTOCOLARIOS

Estarán ustedes de acuerdo conmigo, en que después de escuchado el discurso de ingreso del Ilmo. Sr. Dr. D. Santiago Sastre Ariza, resulte una empresa diría que difícilísima, responder dignamente con este discurso de contestación, que mi querido amigo Santiago ha querido que yo pronuncie.

No obstante me atrevería a decir que, en su discurso de ingreso, —que ha titulado cinéfilamente: «Prisión y fuga de un poeta»—, ha hecho bien, no abordando las fuentes que sobre el particular, nos brinda el Carmelita Descalzo Padre Gerardo de San Juan de la Cruz, quien en 1911, aborda uno de los primeros intentos de edición crítica de la obra del Santo; aunque eso sí, podría haberlo hecho. El Sr. Sastre, como Licenciado en Ciencias Religiosas por la Facultad San Dámaso de Madrid, en la Especialidad de Teología Pastoral —en la facultad cursando esos estudios, hará unos siete años, fue donde nos conocimos y acabamos cursando la misma especialidad teológica— decía que, podía haber hablado de esa edición completa de Toledo, y a buen seguro, después de aquellas clases de Espiritualidad, Patrología, Metafísica, y tantas otras, habernos dado alguna que otra luz, sobre las grandes dudas y oscuridades que todavía hoy rodean los escritos de San Juan de la Cruz. Pero no. Lo podía haber hecho, pero ha elegido la «fuga».

También podía haberse ocupado en su discurso de encontrar antecedentes de la escuela mística de San Juan de la Cruz, a través de la obra de los grandes escritores religiosos desde la Hispania Visigoda a la Edad Media, que no es más que el saber y erudición que precisamente

sobre este asunto, desborda en su trabajo uno de nuestros más ilustres historiadores, Menéndez Pelayo. Podía haberlo hecho, es verdad, la historia no es ajena al Doctor Sastre, sobre todo sus entresijos, y la prueba la hemos tenido en el minucioso desarrollo de la historia «blanda», como él la ha llamado. Y de esta historia «blanda» elige la «fuga».

Se podía haber atrevido, y mucho mejor todavía, a hablar de las sublimes místicas del Santo; haber acudido a las teorías de Charcot y Janet que explican los estados místicos por la enajenación mental, y no lo ha hecho; pero el Doctor en Filosofía como es D. Santiago, a buen seguro, nos hubiera deleitado con una detenida meditación espiritual de la figura de San Juan de la Cruz, y a pesar de todo, elige la «fuga».

Y no digamos de la poesía de San Juan de la Cruz, que también podía haber hablado de eso... El nuevo Académico entrará en la Sección de Bellas Artes de esta Real Academia en calidad de poeta, y por serle muy conocida, habernos dejado paladear, algunas de las treinta y una canciones que nuestro místico literato escribe por los años de 1576 a 1578, plazo de su mencionada prisión; pero tampoco el camino fue ése, sino la «fuga».

Pero, de las profundidades del espíritu humano, ¿por qué el nuevo Académico —conscientemente— ha eludido hablar? Porque sabe que Dios, callada y silenciosamente, se rebosa en algunos de sus hijos, —como ocurrió con San Juan de la Cruz—. Y esta verdad, no alcanza ni siquiera a tantearse con el entendimiento, usando sólo de la razón. Por eso elige la «fuga». Porque es plenamente consciente, que nadie logra alcanzar «allá, por las majadas, al otero», pasando «por estos sotos con presura», elevarse a cerros inaccesibles en vuelo propio, sin ir sostenido por la gracia del Espíritu. ¡Valiente humildad de la inteligencia humana!

Pero esto ya lo dijo San Pablo a su modo, en la Primera Carta a los Corintios, capítulo 2 versículo 9: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón de hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman». Está claro que, no gustando con los propios labios, —ninguno de los que estamos aquí—, tan altas maravillas, no hay forma de llegar a comprenderlas por muchos rodeos, vueltas y explicaciones que den de ellas, incluso los agraciados. Por eso, el profesor Sastre lo elude, dándose a la «fuga».

Pero sigo insistiendo en que, podría habernos hablado de ellas y habernos hecho disfrutar, y haber seducido nuestros profanos oídos con

una forma poética rítmicamente armoniosa, tan habituado como está él a la literatura y a los poetas; conociéndole como le conozco, sus metáforas, -a buen seguro,- podrían habernos agradado muchísimo, y máxime cuando San Juan de la Cruz las hubiera inspirado; podría habernos desvelado la abundancia de su lenguaje o el casticismo de sus vocablos, y todo de la mano del nuevo Académico, en un alarde de filología mística.

Pues bien, aunque todo esto el Dr. Sastre en su discurso de ingreso lo hubiera podido hacer, él era consciente de que no hubiera bastado, para introducirnos siquiera, en los secretos de la compenetración Psico-Divina, que por medio del Amor —con mayúsculas—, y en cada uno de sus estados, el alma atraviesa hasta ganar la cumbre del monte, donde como canta la Novia en el segundo poema del Cantar de los Cantares: «En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma»; el tálamo del Esposo, un velo oculto en el cielo, para que no se vea arrancado, sin más ni más, por los huracanes del mundo.

El Dr. Sastre ha sido coherente con sus conocimientos de derecho, teología, filosofía y literatura. Porque adivinando, más bien que sabiendo; por su sensibilidad de poeta y no por la lógica de su discurso, el nuevo Académico nos ha introducido, en la «fuga» de San Juan de la Cruz, y créanme, es lo único a lo que podemos acercarnos los no iniciados en la mística y la espiritualidad. Y esta dificultad no la digo yo, el mismo Fray Juan escribe en su Cántico Espiritual, prólogo 2: «la sabiduría mística (la cual es por amor, de que las presentes canciones tratan) no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y afición en el alma, porque es a modo de la fe, en la cual amamos a Dios sin entenderle».

No voy a descubrir yo ahora que la literatura mística, cuando llega a la pureza de la de San Juan de la Cruz, de tal modo se desborda que, aún no pudiendo entenderse sometida a las leyes de lo humano, puede turbar, despojar y hasta hacer perder la razón, a quien tenga el sentimiento de lo bello siquiera, mediocrementemente despierto.

Y el Dr. Sastre lo sabe; aquí, si hubiera optado por este discurso —y por increíble negación que parezca—, hubieran perdido las palabras su inicial propiedad, su precisión en lo que expresan, de unión en lo que dan a un mismo tiempo a razonar y a apreciar; esto ha distinguido siempre la palabra de la música, el arte de los sonidos, más vagabundo siempre,

perpetuamente más abstracto que las artes literarias. Y esto no sólo lo digo yo, el Dr. Sastre ha leído muchas veces lo que el propio Santo nos advierte en el prólogo del Cántico: «Sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística, cuales son las de las presentes canciones, con alguna manera de palabras se pueden bien explicar». El poeta Sastre sabe de los profundos secretos que difunden las plumas de los poetas, llevadas por la mano del Espíritu Divino, y que contienen, precisamente en lo que se aprecia de «noche oscura», aquel eterno espacio, compuesto de virtuosos y juiciosos significados que tienen, sin excepción, todos los autores místicos, desde el Pseudo Dionisio Areopagita allá por el siglo VI, hasta el considerado como uno de los grandes místicos del siglo XX, San Rafael Arnáiz Barón. Y esto lo sabe el poeta Sastre, no por haberlo experimentado, sino por haber logrado degustar, «la hermosura y luz no usada». El poeta Sastre está en camino de llegar a ella en sus poemas —basta con leer algunos de sus títulos, como aquél segundo poema que tuvo la generosidad de dedicarme: «Después de leer la historia interminable» y aquel otro de «Cuando el pájaro de la razón no encuentra ramas donde posarse», ambos en su quinto libro de poemas titulado: «Los viajes de Gulliver» que les invito a leer—. Y así ha llegado, por los caminos naturales del conocimiento, y sobrepasando eso sí los aplausos de sus lectores, a cantar su entusiasmo por esta figura de San Juan de la Cruz.

Permíteme querido amigo, que también tinte de lirismo mi discurso, no en un alarde de emularte, ¡Dios me libre! sino en el intento de elevar a las alturas lo que tú y yo sabemos que es simplemente barro, diciendo: Te invito a ser en esta Real Academia, como esa calandria que madruga para remontarse a beber más de cerca los rayos del naciente astro, y embriagada de su luz, meciéndose en el viento, tararea y silba melodiosos acordes —por cierto y no me lo pidas—, imposibles de emular entre la música mundana.

Pero no has querido hablar de todo esto, y como en una forma musical de «fuga» has vertebrado el contrapunto de tu discurso en varias voces. Cuando esta técnica se usa como parte de una pieza mayor se dice que es una Sección Fugada. Esto es lo que quiero ahora recrear.

Como es sabido, la Reforma Carmelitana, encaminada a volver a la Orden a su primitiva estrechez y pureza, motiva la oposición de los religiosos mitigados, (los del Paño, según los llama graciosamente Santa

Teresa,) y ésta oposición se ejerce en términos tan provocadores que llegan a coger violentamente al Padre Germán de San Matías y a Fray Juan de la Cruz para llevarlo prisionero al convento de los Carmelitas Mitigados de Toledo, como nos ha narrado el Dr. Sastre. Al saber esto, Teresa de Jesús decide escribir al Rey Felipe II, protestando contra lo que ella consideraba un atropello; dice la Santa: «A mí me tienen muy lastimada verlos en sus manos, que ha días que lo desean; y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad; y este Fraile, tan siervo de Dios, está tan flaco, de lo mucho que ha padecido, que temo su vida. Por amor de Nuestro Señor suplico a Vuestra Majestad mande que con brevedad lo rescaten y que se dé orden como no padezcan tanto con los del paño estos pobres descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho; mas dase escándalo en los pueblos». Antes de que se conozca la intervención del Rey, Fray Juan —como nos ha narrado en su intervención el nuevo Académico— logra «fugarse» de la prisión. Y también por Santa Teresa, en una carta que envía al Padre Jerónimo Gracián, sabemos de los rigores del Carmelita; así dice: «Yo le digo que, traigo delante lo que han hecho con Fray Juan de la Cruz, que no sé cómo sufre Dios cosas semejantes; que aún Vuestra Paternidad no lo sabe todo. Todos nueve meses estuvo en una carcelilla, que no cabría bien, con cuan chico es, y en todos ellos no se mudó la túnica, con haber estado a la muerte. Tres días antes que saliese le dio el Superior una camisa suya y unas disciplinas recias. ¡Y sin verle nadie! Tengo una envidia grandísima. A osadas que halló Nuestro Señor caudal para tal martirio, y que es bien que se sepa para que se guarden más de esta gente. Dios los perdone».

Estas severidades, y lejos de deprimirle la penumbra y desolación de la cárcel toledana, le sirven a Fray Juan de la Cruz para elevarlo sobre las miserias humanas y dejar ver su esperanza en términos de una atractiva hermosura: «¡Que bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche!».

Y aunque sus palabras fueron engendradas en la incomunicación de una cárcel, no brotaron muertas y sin vida; como por otra parte, también temió Cervantes de su sabio y célebre hijo Alonso Quijano, por haberle imaginado —como sabemos— en circunstancias parecidas; antes bien, fue un nuevo modelo, de cuánto se puede llegar a recoger el alma; y algo más que nos interesa al Dr. Sastre y a mí: cuánto poder de creación puede acumular en sí, aislándose de todo lo exterior que la distrae.

Eso no es casualidad y valgan estas comparaciones:

Hablando de la producción de las abejas —nos enseña la zoología— que confeccionan su panal en el «oscuro silencio» de una celdilla.

En ese ambiente de sombrío mutismo, se sabe que maduró Boecio su cuestión sobre la compatibilidad de la Libertad Humana y la Presencia Divina, en su Libro V. Como conoce perfectamente el profesor Sastre, Boecio dio a luz desde la «penumbra» a una elaborada doctrina uniendo elementos Neoplatónicos y Lógica Aristotélica. Pero lo esencial de la doctrina de Boecio, enmarcada en el ámbito de quien se siente cautivo, dice que: «no es la sola razón humana lo que hace al hombre libre, sino su fin».

Los cuartetos de Beethoven, cumbre de una vida creativa y exponentes de una evolución se llevaron a cabo al final de su vida, justamente cuando estaba completamente sordo. Cerrados sus oídos al mundo que le distrae, se escucha en el interior: «son como truenos que retumban dentro de mí —dirá el compositor— hasta que por fin tengo delante mis sentimientos, en forma de partitura musical».

Dijo D. Miguel de Cervantes en su prólogo al Quijote de 1605 que, «la soledad de los campos o la quietud de la noche, armonizada con el canto de las aves o el murmullo de las fuentes, son parte a que las Musas más estériles den frutos sabrosos de poesía».

Yo añadiría si me está permitido que, cuando la poesía es el resultado de una intensa abstracción humana o el fruto de una extraordinaria iluminación divina, aún se requiere para ello los rigores de una cárcel, donde la decepción y el desencanto de lo efímero tienen su suelo, mientras queda como cabeza y sublime señor del alma, del cuerpo místico, lo eterno: Dios. Así fue cómo de Dios, concibió su particular inspiración Fray Juan apresado en la cárcel del Convento de Carmelitas Descalzos de Toledo. Y todo, por la enorme culpa de preferir —lo decía D. Santiago—, los rigores de la primitiva regla a una vida más relajada.

Permítanme que comparta con ustedes, algo que siempre he pensado a este respecto, esto es, con qué encanto pudo Fray Juan de la Cruz, a los destellos del amor divino, convertir aquél incomodo, frío, oscuro, severo y nauseabundo encerramiento en «bosques y espesuras plantadas por la mano del Amado, en sotos hermoeados con sola su

figura, en fuentes de plateados semblantes, en rosales donde el ámbar perfumea»; y cómo de la esterilidad de aquel suelo hizo «el lecho florido de cuevas de leones enlazado, en púrpura tendido, de paz edificado».

Las dificultades entre descalzos y mitigados, y la protección que estos alcanzaron de las autoridades eclesiásticas, ocasionó entre otras medidas, el destierro de Fray Juan a un monasterio en la umbría aislada del Calvario, un lugar cerca de Beas de Segura. Después de todo lo que sufrió en Toledo, hallaría cierta satisfacción, o al menos encontraría consuelo al ejercer sus deberes de Padre espiritual de las monjas de Beas. Y por encima de todo, manifestaría su grandeza, su caridad para con el prójimo, al borrar de su memoria el acoso fraterno de que fue víctima.

Esta historia de Fray Juan me ha recordado la que compuso el escritor y poeta italiano Silvio Pellico, que es condenado a muerte en Febrero de 1822, y aunque la pena es conmutada por 40 años de dura prisión, la amarga experiencia carcelaria que concluye en 1830 gracias a un indulto imperial, constituye el tema de la obra autobiográfica titulada: *Mis Prisiones*. Tú nos has hablado del carcelero de Fray Juan y yo quiero hablarte de otro. Tu sacas unas conclusiones, escucha las mías.

Nos habla Silvio Pellico del que fue su carcelero, un suizo llamado Schiller, un viejo soldado que tenía que ganarse el pan de su vejez ejerciendo tan triste oficio de esclavo; y así le dijo un día: «Soy malo, Señor; me hicieron prestar juramento al que no faltaré jamás. Estoy obligado a tratar a los prisioneros sin respeto alguno a su condición, sin indulgencias, sin concesión de abusos y tanto más a los prisioneros de Estado. El Emperador sabe lo que hace; yo debo obedecerle». Estas palabras del veterano carcelero, encierran la «quinta esencia» de lo que algunos llaman, lealtad. Pero estas palabras, también ponen al descubierto, la herida moralmente cancerígena que provoca siempre, el absolutismo y la ciega subordinación de los guardianes, los crueles verdugos. «El Emperador sabe lo que hace, yo debo obedecerle» — decía el carcelero de Silvio Pellico; «el Prior sabe lo que hace, yo debo obedecerle», diría el carcelero de Juan de la Cruz.

Y mientras ese principio inmoral, inhumano y anti-evangélico de que el superior siempre sabe lo que hace y al súbdito no le queda sino obedecerle, no sea arrancado de la conciencia de todos los que dice servir, me atrevo a decir que no habrá justicia en el mundo. Y cuánto cuesta liberar al siervo; en el fondo es tan cómoda la disciplina.

El Dr. Sastre ha cerrado su discurso con la forma natural con la que él se expresa, la poesía. Permítanme que yo también finalice el mío con mi forma usual de expresarme, que no es la palabra precisamente, sino la música. Cinco minutos que he querido crear y grabar para mi amigo, basándome en cuatro sustantivos de Fray Juan: «la noche... sosegada»; «la cena... que recrea y enamora»; «la soledad... sonora»; «la música... callada».

Eso esto todo muchas gracias.

